

LA INDUSTRIA ANTES Y DURANTE LA INDUSTRIALIZACION: UNA APORTACION TEORICA AL ESTUDIO DEL SECTOR TEXTIL

J. ANTONIO PAREJO BARRANCO

En sentido restringido, suele entenderse por «revolución industrial» una fase determinada de crecimiento económico, localizada en el tiempo —finales del siglo XVIII a mediados del siglo XIX— y el espacio —primero en Inglaterra, posteriormente en algunos países de Europa y en Estados Unidos—, y caracterizada por la adopción de una serie de innovaciones técnicas que llegan a modificar totalmente las esferas de la producción y el trabajo, culminando con la sustitución de la antigua estructura socioeconómica, de corte agrario tradicional, por otra nueva, estrictamente capitalista, basada en el predominio del sector secundario.

Los cambios se producen fundamentalmente en la organización económica —la empresa fabril sustituye a la artesana, reorientando hacia el mercado toda la producción mediante el empleo de fuerza de trabajo asalariada, la especialización laboral y el incremento del capital fijo—, la tecnología —adopción de fuentes de energía mecánica, introducción de maquinaria y empleo de nuevas materias primas— y la estructura industrial —desplazamiento en la localización (rural a urbana), producción (bienes de lujo a masas; de consumo a producción), etc. Estas tres características, combinadas adecuadamente, aparecen a su vez, en un complejo proceso de interacción, como causa y efecto de un aumento sostenido de la población, así como del producto total y la renta per-capita (1).

A partir de esta definición básica, aceptada por la mayoría de los especialistas, una extensísima bibliografía ha matizado, corregido o ampliado cuantitativa y cualitativamente el contenido del concepto (2). Desde finales del siglo anterior, en que fue empleado por primera vez con el mismo significado (3), cada época se ha encargado de hacer hincapié en uno o varios aspectos determinados de la cuestión (4). En la actualidad, abandonadas las interminables polémicas sobre la posible viabilidad del término y su cronología, minimizadas las confrontaciones entre evolucionistas y rupturistas, y superadas, en fin, las líneas de argumento que tendían a explicaciones monocausales (5), el problema se ve de distinta forma.

(1) DEANE, Phylis: *La revolución industrial en Gran Bretaña*, en CIPOLLA, Carlo M. (ed.): «Historia Económica de Europa (4). El nacimiento de las sociedades industriales», vol. I, Barcelona, 1981, pp. 165-167.

(2) Con monografías como las de ASHTON, BAIROCH, DEANE, KEMP, LANDES, HOBBSWAWM, MANTOUX, MORI o THOMPSON.

(3) TOYNBEE, Arnold: *Lectures on the Industrial Revolution*, Boston, 1960 (texto original de 1884).

(4) HARTWELL, R. M.: *Interpretations of the Industrial Revolution in England. A Methodological Inquiry*, Londres, 1967.

(5) BUSTELO, Francisco: *Teoría económica: la revolución industrial*, en «Moneda y Crédito», 129, 1974, pp. 117-133.

En primer lugar, la inclusión del fenómeno dentro de un amplio proceso de crecimiento económico ha obligado a adoptar una visión más global del mismo. La revolución industrial se presenta así, no únicamente como un punto de arranque —brusco o gradual es ahora una cuestión marginal—, sino también como la culminación de una fase anterior (6). Ahora bien, si la revolución industrial es esencialmente «crecimiento económico», ¿qué relación la une con la industria artesanal anterior?; o bien, ¿en qué condiciones, cuándo y cuál de los tipos de industria existentes antes de la industrialización evolucionó hacia el moderno sistema fabril? Como veremos más adelante, las respuestas a éstas y otras interrogantes se han sucedido desde comienzos de la década de los setenta, enriqueciendo ampliamente no sólo el vago concepto de «industria doméstica» o «dispersa», sino también, y en consecuencia, la propia naturaleza de la industrialización.

Parecida importancia adquiere el tema de la extensión del industrialismo a lo largo del siglo XIX (7), para cuyo análisis resulta previo un conocimiento más profundo de las causas que originaron la revolución industrial en Gran Bretaña, y, posteriormente, de las condiciones en que se produjo su «exportación», así como del grado de desarrollo capitalista que ofrecía cada uno de los países —o regiones— que intentaron adoptar el modelo inglés de crecimiento.

Al mismo tiempo, aparecen con nitidez temas tan puntuales como los de la dependencia y el subdesarrollo —esto es, la formación de un centro industrializado y una periferia atrasada—, e incluso los de la propia viabilidad de la aplicación de esquemas interpretativos de situaciones anteriores a la realidad actual.

a) *La industria antes de la industrialización: protoindustria e industria dispersa*

Aunque conocida la existencia de formas industriales anteriores a la industrialización, sólo en fechas recientes han sido objeto de atención en base a su carácter precursor, como componentes de una fase necesaria, en ciertos pasos, para la posterior industrialización. Crouzet y Hartwell, entre otros, pueden considerarse pioneros en esta interpretación del panorama preindustrializador, al insistir en la necesidad de revisar en profundidad las variables que caracterizaron la fase de transición de una sociedad agraria a otra industrial (8), o, más ampliamente, al plantear lo urgente de «descubrir la economía de antes de la industrialización, analizar sus relaciones estructurales e identificar sus costreñimientos internos» (9).

(6) En palabras de Mori: «La revolución industrial, la aparición de la máquina, del sistema de máquinas, del "factory system", ciertamente ha de ser concebida, de un lado como el fruto del lento y a veces subterráneo crecimiento de las tecnologías, pero también como el *punto de llegada* de un desarrollo molecular, insistente y a veces convulso, de las relaciones sociales de producción y no sólo en general, sino en su forma específica e inédita que en la Inglaterra del siglo XVIII y ya desde hacía tiempo se podía definir como *capitalista* y que por tanto estaba marcado por la separación cada vez más progresiva entre el productor directo (trabajador) y los medios de producción (tierras, instrumentos y más tarde máquinas). Y asimismo que la difusión de esas relaciones de producción impulsó el crecimiento de esas fuerzas productivas hasta conducir las, en Inglaterra y no en otras partes, hasta el umbral de la maquinización.

Por tanto, hay que entender la revolución industrial como *continuidad* del modo de producción capitalista, pero también, y al tiempo, como *ruptura*». MORI, Giorgio: *La revolución industrial*, Barcelona, 1983, p. 18.

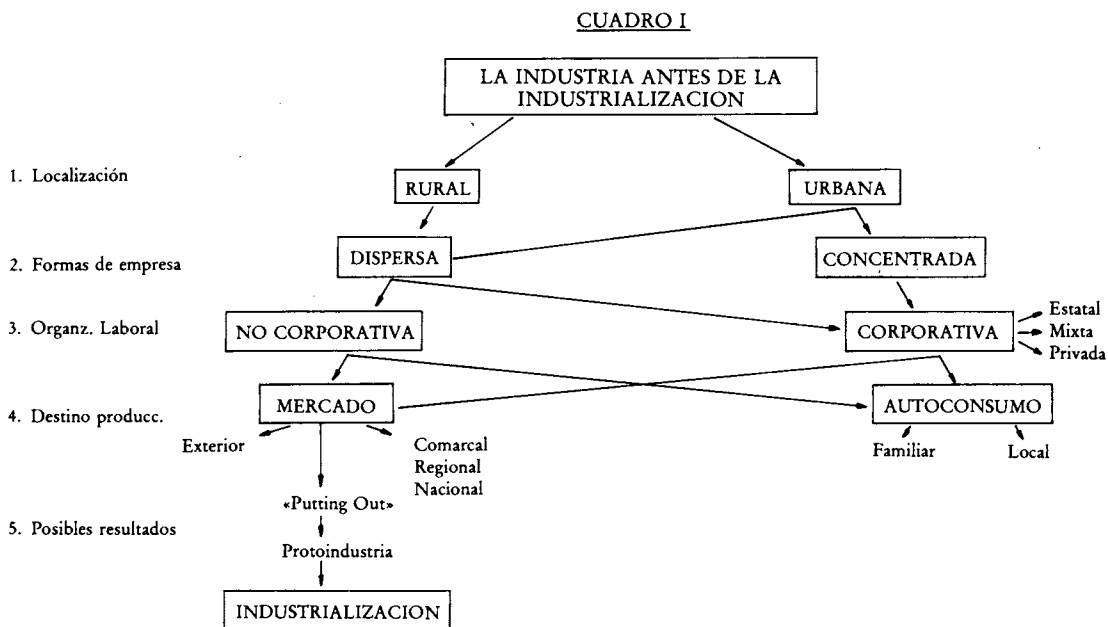
(7) CAMERON, Rondo E.: *¿Por qué fue tan desigual la industrialización europea?*, en la «La industrialización europea: estadios y tipos». Barcelona, 1981, pp. 305-6.

(8) CROUZET, François: *Quelques problèmes de l'histoire de l'industrialization au XIXème siècle*, en «Revue de Histoire Economique et Sociale», LIII, 1975, pp. 526-540.

(9) HARTWELL, R. M.: *The causes of the Industrial Revolution: an essay in methodology*, en «Economic History Review» (EHR), 2, XVIII, 1965.

En este sentido, y en un intento de estructurar las posibles manifestaciones preindustriales, el cuadro I presenta un esquema sumario, que, aunque referido exclusivamente a cuatro aspectos concretos —localización, formas de empresa, organización laboral y destino de la producción—, sirve para sistematizar posibles situaciones artesanales, en las que debe tenerse en cuenta no sólo la presencia de cualquiera de estos factores, sino incluso la distinta intensidad con que se manifiesta cada uno de ellos. Así, en la realidad puede no aparecer tan clara la diferencia entre el sector rural y el urbano, mientras que los estadios intermedios que van de la concentración a la dispersión empresarial y del control gremial al trabajo libre acostumbran a ser numerosos; de igual forma, la extensión del mercado y la propia definición del autoconsumo evidentes y no siempre fáciles gradaciones conceptuales.

En cualquier caso, lo cierto es que prácticamente todos los especialistas tienden a diferenciar claramente entre un sector involutivo —que en líneas generales puede identificarse con la parte derecha del cuadro I, sobre todo en lo que se refiere a su emplazamiento (urbano) y organización del trabajo (corporativa)—, y otro, objeto de la mayoría de las investigaciones, considerado como claramente expansivo, y en mayor o menor medida ligado a la posterior modernización: lo que en el cuadro corresponde exactamente a la parte izquierda (industria rural, dispersa, no corporativa, con producción dirigida al mercado).



En este sentido, los estudios de See (10), y posteriormente de Kellenbenz y otros investigadores (11), han ayudado a conocer mejor el funcionamiento interno de este tipo de industria a domicilio («verlagssystem» o «putting out system»), y su distribución espacial. De tal forma, mientras el historiador francés se refería a las condiciones que propiciaron su implantación en el medio rural (12), el profesor germano ha destacado la complejidad de los factores que influían sobre ellas —preferencias de localización, precondiciones jurídicas, organización del trabajo, progreso tecnológico, coste de las inversiones, precios y salarios, papel de los gobiernos, iniciativas privadas, mercados, etc.— y también el dinamismo que siempre presidió su desarrollo —estancamiento de unas zonas en beneficio de otras, crisis urbana y difusión rural, etc.— (13).

Ultimamente, y en un plano de elaboración más complejo, varios historiadores han profundizado sobre los orígenes, expansión y crisis de este tipo específico de industria rural («putting out»), así como sobre sus puntos de conexión con la posterior revolución industrial. Es, por ejemplo, el caso de una reciente síntesis de Jean de Vries, quien resume brillantemente investigaciones propias y de otros autores (14). Para el historiador holandés los profundos cambios operados en la organización y localización de la industria europea en los siglos XVII y XVIII deben relacionarse con la depresión agrícola del seiscientos. La caída de los precios de los artículos de subsistencia afectó a la renta campesina pero al mismo tiempo contribuyó a incrementar la demanda de géneros manufacturados y a promover una sustitución del trabajo agrícola por el «industrial», ya que los agricultores se veían incapaces de compensar este descenso en el nivel de sus ingresos con un readaptación de los sistemas de cultivo o una disminución de los costos de producción.

Sin embargo, la ruralización industrial culminó gracias a la presencia del capital comercial. Ligado hasta entonces al sector artesanal urbano, donde los costos de trabajo —debido al propio carácter corporativista de la organización laboral y a la creciente presión fiscal— seguían manteniéndose altos, el «verlegeer», intermediario clave en el proceso de producción artesana, optó, como único medio de incrementar su margen de beneficios, por desplazar la industria al campo, utilizando como fuerza de trabajo la abundante mano de obra campesina que el anterior crecimiento demográfico y la más reciente depresión agrícola —se encontraba necesitada de ingresos suplementarios—, habían puesto a su disposición. Lograba así, no sólo una sensible disminución de los costos de producción, sino también una mayor competitividad frente a los centros manufactureros urbanos, lo que le permitió integrar la producción rural en los circuitos nacionales e internacionales de intercambio.

(10) SEE, Henry: *Remarques sur les caractères de l'industrie rurale en France et les causes de son extension au XVIIIeme siècle*, en «Revue Historique», CXLII, 1923, pp. 47-53.

(11) KELLENBENZ, Herman: *Industries rurales en Occident de la fin du Moyen Age au XVIIIeme siècle*, en «Annales E. S. C.», 18, 1963, pp. 823-882. *La industria en la Europa Moderna*, en «La industrialización...», pp. 11-82. Pueden consultarse también: CHAMBERS, J. D.: *The rural domestic industries during the period of transition to the factory system, with special reference to the Midland Comties of England*, en «Deuxieme Conference Internationale d'Histoire Economique», Aix-en-Provence, 1962, vol. II, Paris-La Haya, 1965. THIRS, Jean: *Industries in the countryside*, en FISHER, F. J. (ed.): «Essays in Economic and Social History of Tudor and Short England», Cambridge, 1961, pp. 70 y ss. KLÍMA, Arnold: *The domestic industry and the Putting Out System (Verlagssystem) in the Period of transition from Feudalism to Capitalism*, «Deuxieme Conference...», vol. II.

(12) Eran éstas: bajo niveles salariales, ausencia de reglamentación gremial y control de los comerciantes urbanos. Asimismo, See distinguía entre industria rural instalada en zonas agrícolas pobres y desarrolladas, siendo estas últimas las que, al contar con una mano de obra abundante, y estar limitada la propiedad de la tierra, evolucionan hacia la industrialización. Vid. SEE, Henry, op. cit.

(13) KELLENBENZ, Herman: *La industria en la Europa Moderna...*, p. 81.

(14) VRIES, Jean de: *La economía de Europa en un periodo de crisis, 1600-1750*, Madrid, 1979. Entre otras, las de UNWIN, George, *Industrial Organization in the Sixteenth and Seventeenth centuries*, Londres, 1972. KELLENBENZ, Herman: *Rural Industries in the West Grow the End of the Middle Age to the Eighteenth Century*, en EARLE, Peter (ed.): «Essays in European Economic History», Oxford, 1974, pp. 45-88. De sus trabajos anteriores pueden consultarse: *The Dutch Rural Economy in the Golden Age*, New Haven, 1979.

Evidentemente, el comerciante podía incrementar la producción simplemente con aumentar las unidades familiares de producción a su cargo; aunque no de forma ilimitada: sólo reduciendo el período de movimiento del capital circulante era posible elevar la rentabilidad del sistema, por lo que una dispersión excesiva, a largo plazo, resultaba perjudicial e incluso materialmente inviable (15).

Por su parte, North y Thomas, relacionan el proceso de ruralización textil con la presencia simultánea de tres factores: el auge de la actividad comercial, el desarrollo de un mercado de capitales adecuado y la política gubernamental. Esta conjunción de intereses entre el Estado y el sector social más progresivo tuvo lugar primeramente en Holanda, pero con posterioridad se desplazó a Inglaterra, donde, hacia 1700, se habían eliminado los factores que obstaculizaban una asignación eficaz de recursos en los mercados de factores y de productos, se estaba iniciando la protección de la propiedad privada intelectual mediante una ley sobre patentes, y donde, especialmente, se había logrado una reorganización efectiva de los derechos de propiedad, preparando de esta forma el terreno para la fase de crecimiento conocida con el nombre de revolución industrial (16).

Ambas aportaciones, que desde luego no agotan la amplia bibliografía existente sobre las industrias rurales en la Europa moderna, son en cierta medida deudoras de la que hasta el momento supone la interpretación más ambiciosa —también, por ello, la más polémica— acerca del complejo panorama industrial anterior a la industrialización.

Me estoy refiriendo a la llamada teoría de la protoindustrialización, neologismo acuñado por Franklin a comienzos de los setenta para definir un tipo concreto de industria rural, dispersa, desarrollado en los Países Bajos a lo largo del siglo XVIII (17). El historiador americano intentó demostrar en su Tesis como durante este período el Flandes Interior había experimentado un rápido crecimiento demográfico, sostenido en una peculiar estructura económica, conformada básicamente por una población campesina que compartía el trabajo agrícola a tiempo parcial con la manufactura del lino —cuya producción, en un porcentaje elevado, se destinaba al mercado exterior—.

Aunque sus conclusiones se referían en un principio sólo a esta zona, un enriquecimiento teórico del esquema propuesto, apoyado en la investigación de otros casos concretos, le llevó a ampliar la validez del mismo a distintos puntos de Europa, llegando a establecer por primera vez una relación directa entre industria rural dispersa e industrialización (18). Lo atractivo del planteamiento —no sólo por la correspondencia entre un «putting out» con unas características determinadas, como fase previa y necesaria de la revolución industrial, sino también por las transformaciones demográficas, en la organización espacial de la economía, etc., propiciadas por aquél—, obliga a analizarlo detenidamente y, por extensión, asimismo a las matizaciones, correcciones y hasta radicales rechazos de que ha sido objeto en los últimos años.

(15) VRIES, Jean de: *La economía de Europa...*, pp. 115-6.

(16) NORTH, D. C.; THOMAS, R.: *El nacimiento del mundo occidental. Una nueva historia económica (900-1700)*, Madrid, 1978.

(17) MENDELS, Franklin: *Industrialization and Population Pressure in Eighteenth Century Flanders*. Tesis Doctoral leída en la Universidad de Wisconsin, 1969.

(18) MENDELS, Franklin: *Protoindustrialization: the first phase of the Industrialization Process*, en «Journal of Economic History» (JEH), XXXII, 1972, PP. 241-261.

Ahora bien, ¿cuáles serían, según Mendels, las condiciones que debe cumplir una «industria a domicilio» para ser caracterizada como protoindustrial? En una comunicación presentada al Congreso de Budapest de 1982 (19), las resumía en cinco puntos. A continuación se exponen siguiendo su propia línea argumental y completándolas con otras investigaciones suyas en las que ha profundizado sobre cada uno de estos aspectos.

1.—La unidad de referencia es la región. En este punto, Mendels se enfrenta claramente a las teorías supranacionales —Pollard, Bairoch, Wallesteirm— e incluso nacionales —Rostow, Gersckerschon, Kuznet— del crecimiento económico (20), adoptando una postura más cercana a la mantenida por Crouzet o Leon, para quienes la industria europea debía concebirse como un fenómeno desarrollado en un número limitado de pequeñas regiones (21). Conviene, no obstante, matizar el impreciso término «región», que en España, por ejemplo, se ajustaría más a lo que entendemos por comarca; es decir, una unidad geográfica delimitada, con uno o varios centros urbanos y un entorno rural interdependientes (22). No hay, pues, países «protoindustriales», como tampoco los hay «strictu sensu», industrializados, sino zonas concretas donde la protoindustrialización y más tarde la industrialización llegan a cuajar (23):

2.—El rasgo básico de esta protoindustrialización es el crecimiento de la industria rural, considerando la participación campesina en la producción artesanal, que se presenta entremezclada estacionalmente con el ritmo agrícola, aun cuando en su forma extrema pueda llegar a suponer una ocupación a tiempo completo. En todo caso, cumple la función de suministrar un ingreso suplementario —imprescindible— a una economía agrícola de subsistencias.

3.—El mercado para los productos de esta actividad debe encontrarse fuera de la propia zona de producción, a ser posible en el extranjero. Este rasgo distingue a la protoindustrialización del resto de las industrias rurales de autoconsumo, dependientes de las fluctuaciones de la demanda local o comarcal. Se trata, de esta forma, de un sector sometido a la influencia de mercados suficientemente autónomos a las condiciones coyunturales del propio medio.

4.—Existe un eslabón imprescindible entre actividad protoindustrial y agricultura comercializable, es decir, entre zonas que producen un excedente agrario con el que luego cubren las necesidades de los campesinos y artesanos incapaces de alimentarse exclusivamente de sus propias tierras; o lo que es lo mismo, entre las grandes explotaciones comerciales y las pequeñas parcelas —aquéllas se encontraban casi siempre en zonas fértiles, mientras que el trabajo industrial se realizaba en terrenos poco propicios para la agricultura—. Esta bifurcación entre áreas agrícolas se fue acentuando progresivamente, debido sobre todo a las dificultades inherentes a una excesiva dispersión del trabajo artesano (24).

(19) MENDELS, Franklin: *Proto-industrialization: Theory and Reality. General Report*. Comunicación presentada en el VIII Congreso Internacional de Historia Económica. Budapest, 1982, pp. 69-107.

(20) MENDELS, Franklin: *Les temps de l'industrie et les temps de l'agriculture. Logique d'une analyse régionale de la proto-industrialization*, en «Revue du Nord», LXIII, 248, 1981, pp. 21-34.

(21) LEON, Pierre (ed.): *La industrialization au XIXème siècle. Cartographie et typologie*, París, 1974, pp. 595-600.

(22) Sobre el concepto de región económica, vid. MADUROWICZ, H.; PODRAZA, A.: *En Petite Pologne: Essai de regionalization*, en «Annales, E. S. C.», 1963, pp. 318-328.

(23) El descubrimiento y la individualización de esta realidad y sus posibilidades de comparación interregional son algunas de las conclusiones más apasionantes del Congreso de Budapest de 1982. Comienza a tomar forma desde entonces una nueva geografía europea que separa más nitidamente la región rural protoindustrial de aquellas que se especializan en la producción mercantil de artículos agrícolas. Vid. PONI, Carlo, *Protoindustria (premess)*, «Quaderni Storici», 52, abril 1983, p. 8.

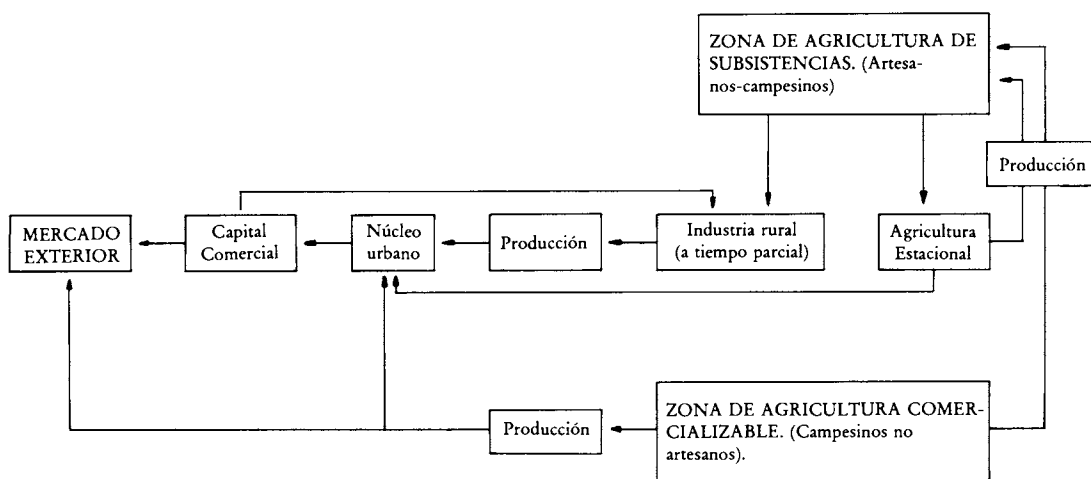
(24) Cuestión ya planteada por Eric Jones, quien establecía una relación directa entre agricultura de subsistencias y manufactura rural en parecidos términos a los planteados por Mendels: complemento de los ingresos campesinos y control por parte del capital comercial urbano. JONES, E. L.: *Agricultural Origins of Industry*, en «Past and Present», 40, 1968, pp. 58-71.

5.—La ciudad desempeña un papel fundamental en el mecanismo protoindustrial: desde ella, el capital comercial dirige y coordina la manufactura dispersa en el campo, a ella acuden los artesanos «libres» —independientes del sistema gremial— a vender sus productos y también en ella encuentran los talleres donde se realiza el acabado, que frecuentemente representa un porcentaje importante del valor añadido total contenido en el producto final (25).

En suma, para calificar una situación como protoindustrial es imprescindible la presencia simultánea de tres elementos. En palabras de Mendels y Deyon: «industries rurales, débouchés extérieurs et symbiose avec le développement régional d’une agriculture commercialisée...». De tal forma, «les régions protoindustrialisées ainsi définies possédaient des caractères originaux que contribuèrent à les propulser vers la révolution industrielle ou du moins facilitèrent leur adoption du machinisme» (26). El cuadro II representa gráficamente las relaciones detectadas en los cinco puntos anteriores.

CUADRO II

LA REGION PROTOINDUSTRIAL, según la teoría de F. Mendels
(Elaboración propia)



«A partir de las premisas que se acaban de reseñar, pueden establecerse una serie de hipotéticos comportamientos para estas regiones protoindustriales (27).

(25) MENDELS, Franklin, *Protoindustrialization: Theory...*, p. 79.

(26) DEYON, P.; MENDELS, F.: *La proto-industrialisation: theorie et realité*, en «Revue du Nord», LXIII, 248, 1981, p. 13.

(27) Se sigue fundamentalmente el resumen llevado a cabo por D. C. COLEMAN, *Protoindustrialization: A concept too many*, EHR, XXXIV, pp. 435-448. (Hay traducción española en el n.º 12 de la revista «Debats», Valencia, 1985).

1.—La generación de ingresos artesanales suplementarios llevará a un crecimiento de la población, rompiendo el equilibrio homeostático y autorregulador de las poblaciones preindustriales, en donde la velocidad de crecimiento natural se ajusta a los medios locales de subsistencia.

2.—Una región que experimenta un aumento de la población y de los niveles de protoindustrialización, pronto encontrará beneficios decrecientes ya que la dispersión industrial crea dificultades en la recogida de la producción y el control de calidad. Este hecho contribuirá a la concentración de mano de obra y más tarde al uso de inventos mecánicos para ahorrar fuerza de trabajo.

3.—Como resultado del desarrollo protoindustrial, el capital necesario para estos talleres y/o introducción de maquinaria seguirá acumulándose localmente en manos de mercaderes y propietarios ligados a la comercializable agrícola.

4.—La protoindustrialización llevará a la acumulación de conocimientos técnicos por parte de los resultados de su experiencia en el comercio interregional e internacional. De esta manera, propicia «a training ground in wich the early industrialist were recounted» (28).

5.—El desarrollo simultáneo de la protoindustrialización y una agricultura comercializable de carácter regional preparará el sector agrícola para la tarea de suministrar alimentos durante la urbanización que acompaña la fase posterior de la industria.

Esta línea «mendeliana» —valga la expresión— de estudio de la problemática protoindustrial, fue enriquecida en 1977 por una visión neomarxista del tema, desarrollada en una obra colectiva titulada «Industrialisierung vor der Industrialisierung», esto es, «La Industrialización antes de la industrialización» (29). En resumen, Kriedte, Medick y Schlumbohm ampliaban y corregían de esta forma las conclusiones expuestas por Mendels en su artículo de 1972 (30):

1.—La protoindustrialización se conceptuaba ahora, no sólo como la primera fase de la industrialización, sino como una auténtica «industrialización antes de la industrialización», definible a partir del desarrollo de regiones rurales en las que la mayor parte de la población vive casi exclusivamente (o por completo), de la producción en masa para mercados nacionales o internacionales.

2.—La protoindustrialización —rasgo fundamental del argumento desarrollado en el libro— forma parte de la transición del feudalismo al capitalismo, o más concretamente, se dice que pertenece a la segunda fase de esa transición.

3.—La protoindustrialización se concentra en regiones poco fértiles o bien en zonas montañosas. En parte es así porque los campesinos necesitan aumentar sus ingresos a consecuencia de las diversas formas de apropiación del excedente social de trabajo, pero en parte también porque están abriendo los mercados exteriores con capital comercial. Este pudo, por consiguiente,

(28) MENDELS, Franklin: *Protoindustrialization: Theory...*, p. 80.

(29) La traducción inglesa es de 1981: *Industrialization before industrialization*, Cambridge, 1981. (Hay traducción española, Barcelona, 1986). Un año antes, Medick había publicado un artículo en «Social History» titulado: *The protoindustrial family Economy: the structural function of house hold and family during the transition from Peasant Society to Industrial Capitalism*, pp. 291-315.

(30) Vid. nota 27.

explotar a un sustrato rural que vivía en tierras pobres, dependiendo de ocupaciones secundarias campesinas, pero carentes del apoyo rural una vez anulado el poder de las ciudades

4.—Cuando la familia campesina emprendió el camino de la protoindustrialización, generó cambios y contradicciones en sus papeles internos y en sus funciones externas. Uno de estos cambios consistió en favorecer el matrimonio «temprano» y en estimular la producción de un «número máximo de niños trabajadores». Este desequilibrio puede explicarse únicamente por las condiciones específicas de explotación a las que se sometía la mano de obra de la familia protoindustrial. De esta manera, la protoindustrialización produjo una brecha en el sistema demoeconómico que dominaba las sociedades agrarias europeas, y dio lugar a una dinámica de reproducción de familias protoindustriales.

5.—La protoindustrialización supuso la transición del «kaufsystem» (industria casera), —donde la esfera de producción se regía por las leyes de la pequeña producción de bienes de consumo—, al «verlagsystem» (industria a domicilio), en el que se produjo la penetración del capital comercial en la esfera de la producción.

6.—En Inglaterra, aunque las leyes de la economía familiar también funcionaban como el motor de crecimiento protoindustrial, se encontraban en contradicción fundamental con la dinámica de crecimiento del sistema global. Los únicos medios de salir de la crisis eran la concentración empresarial y la mecanización: de ahí la revolución industrial. En Europa continental, sin embargo, la industrialización fue primordialmente una respuesta al desafío inglés, por lo que la transición de la protoindustrialización fue más lenta.

7.—Si bien la protoindustrialización ofrecía ciertas condiciones a una industrialización capitalista, no eran suficientes para introducir completamente un proceso de industrialización. El sistema protoindustrial estuvo marcado por contradicciones internas que dieron lugar a serios problemas durante su fase de crecimiento. Si éstos no se resolvían o si faltaba o se desarrollaba insuficientemente el necesario cuadro general de industrialización capitalista, la transición a la industrialización podía fracasar, dando paso a la desindustrialización.

Si en una primera aproximación, las diferencias entre la teoría protoindustrial de Mendels y la de Kriedte, Medick y Schlumbohm parecen reducirse a la consideración, más o menos global, del concepto, un análisis más detenido muestra sensibles diferencias entre ambas interpretaciones.

En el «Industrialisierung...» se intenta estructurar un aparato conceptual lo suficientemente amplio como para englobar el conocimiento actual sobre las diversas industrias rurales europeas, en una pretensión por situar la aparición y extensión de esta clase de «putting out» en la lenta transformación de las estructuras económicas y sociales del feudalismo al capitalismo.

Kriedte hace hincapié especialmente en el contexto agrario del desarrollo protoindustrial. Las relaciones agricultura-industria son abordadas desde el punto de vista de la mano de obra y a partir de las conexiones entre producción y propiedad (31). Por su parte, Medick y Schlumbohm establecen una relación directa entre modo de producción y crecimiento demográfico, partiendo para su análisis de la estructura de la economía familiar —la esencia protoindustrial radica en que

(31) KRIEDTE, Peter: *The origins, the agrarian context, and the conditions in the world market*, en «Industrialization...», p. 12-37.

se ejerce en el propio domicilio («haus industrie»), basada, según ellos, en una autoexplotación («Selbs tangbetung»), controlada por el capital comercial—. Los productores protoindustriales se encuentran con posibilidades de aumentar su potencial de trabajo, rebajando la edad de matrimonio —elemento clave del sistema—, e incrementando el número de hijos por familia. Las regiones protoindustriales presentan, pues, una estructura interna de la población distinta a aquellas que no lo son: descenso de la edad al contraer primeras nupcias, mayor prolificidad matrimonial y, por tanto, un crecimiento demográfico más acusado (32)

Pero, aún más, a Peter Kriedte se debe también la construcción de un valioso esquema interpretativo sobre la «industria anterior a la industrialización», una sugerente síntesis en la que se recogen no sólo los ejemplos protoindustriales del siglo XVIII, sino también la evolución industrial anterior, aspecto tratado de manera tangencial en el libro conjunto (33).

Para Kriedte, la expansión manufacturera del siglo XVI se debió especialmente al aumento de la demanda propiciado por el crecimiento demográfico europeo y la aparición de nuevos mercados ultramarinos. El auge textil era todavía fundamentalmente urbano, aunque ya en la segunda mitad del siglo se detectasen los primeros síntomas de un irreversible desplazamiento de los centros productivos: en un fenómeno que no se redujo a una simple «huida» al campo, sino que supuso toda una redistribución regional de las manufacturas, con la aparición de nuevas zonas punteras —norte de los Países Bajos, Inglaterra, Francia—, en sustitución de los tradicionales centros italianos, germanos o flamencos. Esta reorganización geográfica fue acompañada de otra no menos importante: la que se llevó a cabo en la producción, donde un nuevo tipo de paño, más suave, ligero y barato, de amplio consumo, sustituyó progresivamente al paño pesado, de consumo más restringido. Mientras, en la clave de este proceso, el capital comercial coordinaba y dirigía las actividades manufactureras, en un claro ejemplo de predominio de la esfera de la circulación sobre la de la producción. Sólo cuando las trabas impuestas a la reproducción de aquél ahogaron las necesidades de la demanda, el «verlegger» optó por marginar al artesanado urbano del sistema, acudiendo entonces a un sector rural que en ese momento se le presentaba especialmente adecuado a sus intereses: el crecimiento demográfico había creado una fuerza de trabajo campesina pobre, precisada de un ingreso suplementario; además, en muchos casos presentaba una cierta tradición artesanal, al menos como productora de bienes manufacturados para su propio consumo.

Durante el siglo XVIII, el centro del crecimiento económico europeo se trasladó definitivamente de los países continentales y del Sur a las potencias marítimas del Noroeste, con la consiguiente aparición de los primeros e irreversibles desequilibrios: la transformación del comercio internacional resultó sumamente negativa para Europa centro-oriental y meridional —que vio como los precios de los cereales se hundían frente al relativo mantenimiento de los productos textiles—, convirtiéndose en mera abastecedora de materias primas de los núcleos del Noroeste, donde, previamente, el abaratamiento de los costes de trabajo industrial —ya extensamente ruralizado— y el giro de su producción textil —con la introducción de las «new draperies»— les había permitido consolidar su posición.

(32) MEDICK, Hans: *The structures and function of population development under the protoindustrial system*. SCHLUMBOHM, Jürgen: *Relations of production-productive forces-crises in protoindustrialization*, en «Industrialization...», pp. 74-93 y 94-125.

(33) KRIEDTE, Peter: *Feudalismo tardío y capital mercantil*, Barcelona, 1982.

Fue en estas zonas donde cristalizó la relación entre el capital comercial ligado a mercados internacionales y la industria rural, ocupación a tiempo parcial de campesinos precisados de un suplemento salarial. Esta simbiosis originaría el desarrollo de los llamados centros protoindustriales: el campo ofrecía una fuerza de trabajo elástica y de costo reducido, mientras el mercado permitía aumentar la demanda y superar las limitaciones inherentes a una comercialización más restringida. Para Kriedte, el momento clave para el funcionamiento del sistema protoindustrial fue la externalización de los costos de trabajo, cargados en gran parte por el capital comercial sobre el sector agrario, al asumir sólo una parte de los costos de reproducción (34). El resto, aquellas zonas que no alcanzaron este estadio protoindustrial, entraron en una irreversible situación de dependencia con respecto a las primeras (35). Kriedte puntualiza asimismo los diferentes procesos de concentración (diferenciación regional) producidos simultáneamente: el internacional —de los estados continentales a las potencias marítimas—, el interregional —economías agrícolas y ganaderas de un lado y protoindustriales de otro—, y el material —de los núcleos urbanos al medio rural. Los tres agudizaron la división internacional, nacional y social del trabajo, estimulando el proceso general de intercambio (36).

Por fin, en el siglo XVIII, la protoindustrialización se convirtió en uno de los factores fundamentales de la expansión demográfica, modificando la estructura interna de la población, y desligándola definitivamente de los vínculos tradicionales que impedían una elevación sostenida de las tasas de crecimiento.

Sin embargo, a medida que avanzó el siglo, el modelo protoindustrial comenzó a presentar los primeros indicios de agotamiento: la creciente presión de la demanda externa —expansión de los mercados internacionales—, e interna —crecimiento de la población, aumento del nivel de vida— no podía ser soportada por un sistema que todavía producía a tiempo parcial y al que la dispersión —desde ese momento único medio de aumentar los niveles de «output»—, llevada más allá de ciertos límites, sólo contribuía a elevar los costos marginales por unidad de producto (37). Como un siglo antes, las nuevas circunstancias obligaron al capital comercial, en un intento por maximizar el margen de beneficios, a una nueva marginalización del sistema productivo, en este caso sustituyendo la industria rural dispersa por la concentración, la mecanización y el empleo de una nueva fibra textil (38). Con ello, el «verleeger» cerraba su ciclo de influencia sobre la esfera de la producción. En adelante, el capital industrial le sustituiría como exclusivo director del proceso de producción.

Kriedte concluye de manera taxativa: «Las condiciones del mercado mundial bajo las que había tenido lugar la producción manufacturera de mercancías convertían a la industrialización en un imperativo irrenunciable» (39). No obstante, ésta sólo podría alcanzarse si previamente se contaba con estos factores marginales: 1) la liberación de los factores de producción (tierra, capital y trabajo), hasta entonces limitados. 2) La existencia de condiciones generales de producción en la forma de una infraestructura material, institucional y personal. 3) Mercados expansibles y expansión más allá de las fronteras nacionales y sobre todo en el interior.

(34) *Ibidem*, p. 102.

(35) *Ibidem*, p. 129.

(36) *Ibidem*, p. 130.

(37) *Ibidem*, p. 179.

(38) *Ibidem*, p. 183.

(39) *Ibidem*, p. 203.

De la protoindustrialización a la revolución industrial. Tanto Mendels como la escuela alemana se esfuerzan en destacar las relaciones entre ambas, aunque expresan sus reservas a la hora de considerar una línea argumental única: «il ne s'agit pas cependant de proposer ici un modèle réunissant un ensemble de conditions nécessaires et suffisantes, mais d'analyser et de préciser l'une des voies du processus d'industrialisation vérifiée dans un grand nombre de cas et de soumettre cette hypothèse á un ensemble de confrontations et de comparaisons internationales» (40).

De manera paradójica, a partir de aquí la teoría abandona el análisis regional del proceso de transición, para adentrarse en una explicación de carácter más global: se trata de constatar la viabilidad de la protoindustrialización como fase necesaria de una posterior industrialización, y de hallar una relación causal, en el resto de los casos, entre su ausencia y la desindustrialización (o la no industrialización).

Pero de momento, antes de entrar a discutir este punto, conviene puntualizar algunos extremos referidos a la estricta dimensión protoindustrial. Evidentemente, desde que Mendels expuso por primera vez su teoría hasta nuestros días, no sólo se ha enriquecido el contenido conceptual, sino que además lo sugerente de la interpretación ha dado lugar a una polémica aún abierta y progresivamente ampliada a medida que el citado modelo teórico se intenta ajustar al análisis de otros focos rurales de industria a domicilio.

En cualquier caso, quizá su aportación fundamental al campo de la historia industrial resida en que ha obligado a efectuar una profunda revisión metodológica, al transformar radicalmente el papel histórico de la industria doméstica: «los artesanos de la Europa moderna contienen en germen la revolución industrial propiamente dicha, en vez de ser solamente sintomáticos de un antiguo régimen económico en vías de desaparición» (41).

Esta afirmación del historiador americano ha arrastrado a no pocos especialistas a enfocar de un modo distinto sus investigaciones, o en todo caso a replantear parte de sus conclusiones. Los resultados, por supuesto, no siempre han confirmado el planteamiento de Mendels, pero, como vimos más arriba, ésta ya era consciente de que proponía sólo una nueva visión de un hecho prácticamente ignorado hasta ese momento. Corroborando o rectificando, lo cierto es que nuestro conocimiento es cuantitativa y cualitativamente muy superior al que teníamos hace sólo dos decenas de años.

Desde este punto de vista, una de las críticas más amplias, no sólo al modelo de Mendels, sino también al de Kriedte, Medick y Schlumbohn ha partido de D. C. Coleman, quien refuta la viabilidad aplicativa al caso inglés de la teoría protoindustrial (42).

El historiador británico comienza analizando el factor cronológico: desde el siglo XIII existen en Inglaterra evidencias de desarrollo de industrias rurales cuya producción se destina al mercado exterior. Entre 1380 y 1750, varios períodos ofrecen pruebas de esta consolidación, siguiendo en líneas generales los argumentos de Mendels, pero lo hacen en circunstancias demográficas

(40) DEYON, P.; MENDELS, F.: *La proto-industrialization...*, p. 14.

(41) Cit. por LEON, Pierre: *Historia Económica y Social del Mundo*, tomo III. «Inercias y revoluciones», Madrid, 1980, p. 8.

(42) COLEMAN, D. C., op. cit.

distintas. En cuanto a la distribución espacial, y en lo que se refiere a las posibles zonas protoindustriales inglesas, Coleman llega a distinguir hasta doce, pero vuelve a expresar sus reservas ante la falta de adecuación de las mismas al concepto «mendeliano» de región.

Una tercera objeción alude a las relaciones entre agricultura e industria: en este caso, tampoco el empleo secundario industrial se debe exclusivamente a la existencia de tierras pobres y a la necesidad de ingresos suplementarios. Para el citado autor, cualquier intento de explicar la expansión de la industria rural británica y su distribución espacial debe contemplar una serie de causas que la afectan, bien simultáneamente o a lo largo de distintas épocas, y entre las que caben citarse: modelos de herencia, fuerza de control señorial, disponibilidad de materia prima y energía hidráulica, tipo de agricultura, tamaño de las propiedades, densidad de la población local, etc.

En fin, antes de entrar a discutir las relaciones existentes entre protoindustrialización y revolución industrial, Coleman achaca a Mendels y sus seguidores la escasa atención prestada a otros tipos de industrias rurales —en especial a aquellas que implicaban algún tipo de actividad centralizada—, así como al resto de las versiones de industria urbana, de carácter disperso o concentrado.

Por último, es en la consideración de la fase protoindustrial como requisito imprescindible de la posterior industrialización —y no sólo en su validez como modelo explicativo del caso inglés— donde el autor británico se muestra más crítico con la teoría de Mendels y los especialistas germanos. De un lado, y según concluye, de la docena de posibles zonas protoindustriales británicas, sólo cuatro evolucionaron, entre fines del XVIII y comienzos del XIX, hacia la revolución industrial. Además, no lo hicieron por ninguno de los caminos especificados en la hipótesis mendeliana, adquiriendo más importancia otros factores —en especial la disponibilidad de carbón, cercano y abundante—, que la propia disposición protoindustrial, en algunas de ellas con rasgos sumamente imprecisos. De otra parte, Coleman se muestra extremadamente cauteloso ante la versatilidad concedida recientemente al término, aplicado sin apenas modificaciones a lugares y etapas históricas sustancialmente distintos. Según expresa, mientras más cuidadosamente se defina el estado teórico de la protoindustrialización a fin de alcanzar una hipótesis específica, más difícil será dotarla de una validez general. Al contrario, mientras más amplia se haga, a fin de darle flexibilidad, menos válida se hará como técnica explicativa. La definición precisa del término se hace, pues, sumamente complicada: el elevado número de casos posibles, la variedad de los mismos, y las interacciones que, con diferente intensidad, juegan en el proceso, obligan a planteamientos mucho más modestos y restringidos (43).

¿Cómo proceder pues? Para el autor inglés, aceptando el estímulo que ha supuesto la teoría, profundizando en alguna de sus aportaciones básicas —caso de la consideración regional como objeto de análisis—, pero sin obligarnos a emplear sistemáticamente el concepto, para él demasiado ambiguo e impreciso (44).

(43) *Ibidem*, p. 446.

(44) Como resume: «The answer, or so it seems to me, is that we should be very grateful to Messrs. Mendels, Tilly, Deyon, Kriedte, Medick, Schlumbohm, and all other contributors to the debate for having simulated so much, thought and research on early modern economics; that we should continue the hunt for common causes in the dawning of industrial revolution; but that we should not feel obliged to do so with the aid of the world and concept of industrialization and still less with the notion of industrialization before industrialization», *op. cit.*, p. 448.

Más concretas son las matizaciones que propone Gullickson, referidas exclusivamente a las conexiones entre agricultura de subsistencias y zonas protoindustriales (45). Según expone, la relación no es única ni exclusiva: en Caux, por ejemplo, una fértil región cerealista de Normandía, la expansión rural de la industria algodonera contradice la teoría protoindustrial, acentuando la importancia del empleo del campesinado sin tierras, frente a la agricultura de subsistencias.

Para Gullickson, la protoindustrialización de Caux sugiere que las conclusiones alcanzadas sobre el papel de la agricultura en la industria domiciliaria deben revisarse, ya que la naturaleza estacional de la mayor parte del trabajo agrícola tradicional permitió buscar una fuente suplementaria de ingresos incluso entre las regiones de agricultura comercializable. De tal forma, el hecho que es necesario destacar es la falta de tierras (la existencia de «no propietarios» agrícolas). Lo que en último lugar decidió la elección de las zonas protoindustriales en el siglo XVIII fue un conjunto de factores que no tenían relación con la agricultura —tales como la cercanía de los mercados urbanos, la facilidad de transporte y la demanda de mano de obra por parte de los comerciantes—. En otras palabras, la protoindustrialización pudo cuajar allí donde las necesidades urbanas y rurales se complementaban; es decir, donde un campesinado pobre coincidía con ricos comerciantes textiles.

Por su parte, Serge Chassagne profundiza en los distintos tipos de organización laboral que presentan las zonas protoindustriales (46). Para el historiador galo, el capital comercial puede ejercer su control sobre el trabajo a domicilio de dos formas: a) según el llamado modelo triangular, mediante el que los comerciantes locales toman el control de la protoindustrialización (se trata del esquema clásico de «putting out»), y b) de acuerdo con el modelo tradicional, en el que son los comerciantes forasteros los que dirigen la producción artesanal. Este sería, por ejemplo, el caso de Bretaña, donde se desarrolla una industria rural dispersa, organizada sobre la base del trabajo a domicilio, reglamentada por Colbert en 1670, y donde, en lugar de ser eliminados del mercado por los comerciantes residentes en los núcleos urbanos, y reducidos a una mera función productiva, los numerosos maestros tejedores y fabricantes intercambian periódicamente su producción manufacturera con la de los campesinos-productores en mercados y ferias. El capital comercial sigue ejerciendo su control, aunque no ya de manera inmediata.

Un tercer elemento viene a enriquecer, según Chassagne, el múltiple carácter protoindustrial: la extensión del trabajo algodonero a lo largo del siglo XVIII por los mercaderes urbanos en las antiguas zonas de manufacturas lineras y laneras. Una nueva fibra, más fácil de elaborar y de mayor rendimiento, que altera la estructura laboral hasta el punto de llegar a introducir un nuevo modelo protoindustrial: los viejos núcleos rurales artesanos comienzan a ser sometidos a la nueva disciplina pre-fabril —concentración del tisaje y algunas fases del acabado—, antecedente directo de la cercana revolución industrial.

Por fin, otros autores muestran más cautela a la hora de emitir juicios de valor sobre el concepto de protoindustrialización. En este sentido, Pierre Jeanin, en su comentario al libro de Kriedte, Medick y Schlumbohn, es partidario de continuar profundizando en el estudio de

(45) GULLICKSON, Gay L.: *Agriculture and Cottage Industry: Redefining the causes of Proto-Industrialization*, JEH, XLIII, 4, pp. 831-850.

(46) CHASSAGNE, Serge: *Industrialization et desindustrialization dans les campagnes françaises*, en «Revue du Nord», 240, 1981, pp. 35-58.

ejemplos concretos, antes de encerrar la protoindustrialización en un esquema definido de interpretación (47), aunque ello no le impida formular algunas objeciones concretas, referidas sobre todo a la subestimación del papel de las ciudades en la dinámica protoindustrial (¿cómo se conjuga la hipótesis de la ruralización con el elevado crecimiento de las tasas de urbanización inglesa durante el siglo XVIII?), y al comportamiento demográfico de las zonas con industria rural.

Carlo Poni, por su parte, se inclina por aparcar provisionalmente la idea de la protoindustria rural como primera fase de la industrialización, subrayando el hecho de que ésta es compatible con diversas formaciones económico-sociales en el período que va de la Baja Edad Media al nacimiento del capitalismo industrial. El profesor italiano, cree que deben analizarse en profundidad los intercambios entre el campo protoindustrial y el centro urbano donde se comercializan los productos rurales y se realiza a veces alguna fase del acabado textil; o bien el origen y formación social y cultural de la familia comerciante, que crea y desarrolla la estructura del «verlagsystem» rural (48).

No son los autores citados, los únicos especialistas que han mostrado reservas ante una utilización generalizadora —es decir, a diferentes regiones e incluso etapas históricas—, del esquema de análisis protoindustrial (49); e incluso recientemente se han propuesto modelos alternativos que deben ser objeto de una mayor atención (50). Sin embargo, no a lugar, ni está al alcance de mis posibilidades la exhaustividad. Por el momento, basten estas páginas, en las que se han intentado presentar algunas de las líneas de trabajo que hoy informan las investigaciones sobre la compleja problemática que presenta la «industria anterior a la industrialización».

b) *La industria durante la industrialización: revolución industrial e industrias residuales*

Si el término «industria antes de la industrialización» es hoy comúnmente aceptado para calificar toda actividad manufacturera anterior a la revolución industrial, el que ahora se propone —que sepamos no utilizado hasta el momento—, necesita de una ubicación semántica previa.

En líneas generales, la «industria durante la industrialización» englobaría asimismo todas las manifestaciones industriales —fabriles o dispersas; rurales o urbanas— contemporáneas de la revolución industrial o, más ampliamente, de la industrialización (51), abarcando un amplio

(47) JEANNIN, Pierre: *La protoindustrialization: development ou impasse?*, en «Annales, E. S. C.», 1980, pp. 52-65.

(48) PONI, Carlo, op. cit., p. 9.

(49) Para el caso alemán, vid. SCHREMMER, Eckhart: *Proto-industrialization: A step towards industrialization?*, «Journal of European Economic History (JEEH)», X, 1981, pp. 670 y ss. Sobre la infravaloración que la teoría hace del proceso urbanizador, vid. HERLIHY, David: *Urbanización y cambio social*, en «Historia Económica. Nuevos enfoques y nuevos problemas», Barcelona, 1981, pp. 111-143.

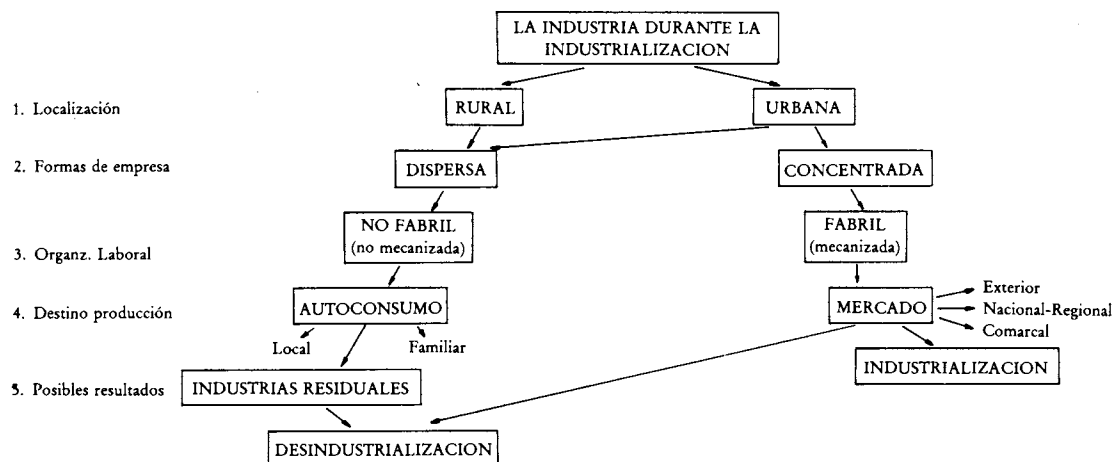
(50) BERG, M.; HUDSON, P.; SONENSCHER, M.: *Manufacture in town and country before the factory*, Cambridge, 1983. Frente a la teoría protoindustrial, afirman que el sistema manufacturero prefabricil estaba condicionado tanto por las costumbres y los valores de la sociedad donde tenía lugar, como por el movimiento secular de los precios y salarios.

(51) Las discusiones en torno a la utilización correcta de la terminología y las posibles diferencias entre «revolución industrial» e «industrialización» puede seguirse en LEON, Pierre: *L'industrialization en France en tant que facteur de croissance économique du début du XVIIIème. siècle à nos jours*. «Congreso Internacional de Historia Económica de Estocolmo», París, 1965, pp. 163-205. Para Jacques Godechot, por industrialización se entenderá únicamente el paso de la industria artesanal a la gran industria. Piensa que es difícil distinguir entre revolución industrial e industrialización, solucionando la cuestión al calificar la primera como la fase más activa de la segunda. En cuanto a las diferencias entre industrialización y «despegue», opina que éste se produce cuando el Estado consagra más del 5% de su renta a inversiones industriales durante varias décadas. GODECHOT, Jacques: *La industrialización europea en la época revolucionaria*, en «La industrialización europea...», pp. 83-104.

abanico que iría desde los sectores punta del proceso de modernización —en el caso del textil, el algodón— a la industria doméstica de autoconsumo, lo que es traducible en términos de distribución espacial en la consideración de zonas protagonistas de la plena industrialización —el ejemplo inglés y la emulación continental—, frente a aquellas otras que nunca llegaron a alcanzarla o que, debido a diversos factores, se desindustrializaron.

El cuadro III intenta resumir las posibles tendencias industriales localizadas en Europa en un período que a grandes rasgos puede situarse entre 1780 y 1880. Su estructura es prácticamente idéntica a la del cuadro I; esto es, se procede refiriendo el panorama industrial a cuatro variables —localización, formas de empresa, organización del trabajo y destino de la producción—, si bien, al contrario de lo que ocurría entonces, las posibilidades de relación entre unas y otras son ahora menores. Evidentemente, el tiempo y las transformaciones ocurridas en la esfera de la producción y el trabajo, han ahondado los desequilibrios apuntados antes de la industrialización: la zona de la izquierda se presenta en este caso como regresiva, incluso considerándole un destino exterior a la producción manufacturera. Mientras, a la derecha aparecen los componentes que conforman una verdadera industrialización: la ciudad, una vez que el capital comercial ha abandonado su papel de intermediario en el proceso de producción en beneficio del capital industrial, se convierte en el núcleo productivo por excelencia; la concentración empresarial se hace imprescindible ante las innovaciones tecnológicas y las necesidades de rebajar los costos de producción y trabajo; por último, el mercado interior y exterior, en expansión, facilita la reproducción del nuevo sistema.

CUADRO III



Este es, sin duda, el modelo clásico que caracteriza la revolución industrial: el que primero se implanta en Inglaterra y posteriormente es importado, con mayor o menor fortuna, por varios países europeos y los Estados Unidos. De ahí, «grosso modo», que todas aquellas industrias que no se atengan a estas características puedan conceptuarse como «residuales» —neologismo aplicado por Fohlen a la industria rural francesa y que aquí se retoma con una connotación más amplia—, y abocadas por tanto a la desindustrialización.

Pero, insisto, sólo en una primera aproximación: un análisis más detenido abre nuevas perspectivas al problema y sugiere otras interpretaciones.

En primer lugar, el estudio de la «industria durante la industrialización» debe enfocarse también desde un punto de vista regional, no nacional ni internacional. Como se apuntó en otro lugar, en rigor, no se industrializan ni se desindustrializan las naciones o los continentes, sino regiones concretas (entiéndase comarcas en castellano) de determinados países (52).

Sin embargo, la distribución espacial de la industria no atiende únicamente a factores endógenos —condicionamientos geográficos, tipo de agricultura, comportamientos de la población, posibilidades de comunicación y mercado, etc.—, sino también a otros, exógenos, que en buena medida escapan a su control: en este sentido, desde que a fines del siglo XVIII el textil algodónero inglés dio el tirón definitivo, se produjo una aceleración del proceso de desequilibrio interregional, iniciado aproximadamente siglo y medio antes, reordenándose la economía mundial en torno al ejemplo británico: unas zonas intentando imitar su modelo de crecimiento; otras, incapaces de realizarlo, reduciéndose al papel de simples proveedoras de materias primas y mercado de bienes de consumo; entre ambos extremos, una gradación de situaciones más o menos dependientes.

De ahí que el acceso a la industrialización no pueda explicarse exclusivamente por la existencia de un sector fabril en el que coincidan las características expuestas en la zona derecha del cuadro III. En mi opinión tal circunstancia depende además, y fundamentalmente, de dos factores íntimamente relacionados entre sí:

1) Del propio desarrollo capitalista de la región o comarca: si ha logrado fomentar una agricultura comercializable, potenciar un mercado interior suficientemente amplio y establecer relaciones de intercambio con otras zonas, estará en condiciones óptimas de emprender una aventura industrial. Si por el contrario se pretende «implantar» un sector industrial moderno —en una coyuntura favorable, por una burguesía particularmente emprendedora, etc.—, pero no adecuado a las condiciones de mercado, oferta de trabajo (en suma, al desarrollo capitalista alcanzado), los resultados, a la larga, tenderán a ser negativos.

2) Del lugar que la región ocupe en el sistema capitalista mundial —evidentemente, en el caso inglés las opciones son distintas que en el resto de Europa, y también diferentes a las de Asia, América, etc.—; factor que puede resultar contradictorio con el anterior —se trata de conciliar un punto de vista comarcal con otro mundial—, pero que no lo es tanto si pensamos que esa distribución desigual de la economía no se realiza en términos simplistas de enfrentamiento entre

zonas adelantadas y atrasadas (en otras palabras, entre centro y periferia), sino en una relación mucho más compleja, en la que dentro de la propia dependencia (de cada país), se van creando a su vez centros subdependientes a escala regional.

Lo que cabría preguntarse es porqué fue en Inglaterra y no en otro lugar donde inicialmente se produjo el despegue, y en qué medida este hecho influyó para que la industrialización continental adoptase la dimensión dependiente que la caracterizó, al menos en una primera etapa (53). También, por extensión, que posibilidades de crecimiento industrial alternativo dejaba el caso inglés y de que forma contribuyó a la desindustrialización de la periferia.

En parte, el planteamiento expuesto en el apartado anterior da respuesta a estas cuestiones, aunque ciertamente, y como expresaba Coleman, el ejemplo inglés no se ajuste exactamente al modelo protoindustrial. Debe reconocerse, sin embargo, que la teoría de Mendels sigue siendo útil a la hora de intentar una respuesta global al problema de la industrialización. La presencia simultánea, a nivel regional, de industrias rurales y mercados exteriores, en simbiosis con una agricultura comercializable, conformando una fase previa y necesaria para todo posterior proceso de industrialización —fracase o no—; y al contrario, y consecuentemente, la imposibilidad de acceder a la misma si no se reunían esos requisitos, son presupuestos que, particularidades aparte, poseen un elevado margen de credibilidad como modelo explicativo.

Aunque desde otros presupuestos metodológicos, Hobswambn ya apuntaba hace algunos años la existencia de un cierto grado de desarrollo capitalista como condición necesaria para el «despegue» inicial: «el estímulo particular que impulsa a una industria a cruzar el umbral de la revolución industrial sólo puede producirse en determinadas condiciones económicas y sociales» (54). Condiciones que pueden resumirse en la conjunción simultánea de tres factores: mercado exterior e interior y papel del Gobierno. El primero, ayudado por una sistemática y agresiva ayuda estatal, proporcionaría la «chispa», mientras que la aparición de un mercado interior aportaría la necesaria base para una economía industrial generalizada, y también el incentivo preciso —mediante el proceso de urbanización— para promover cambios cualitativos en el transporte terrestre. En fin, la política económica gubernamental se mostró decididamente favorable a los intereses industriales, ofreciendo no pocos estímulos a la innovación tecnológica y al desarrollo manufacturero en general.

La mayoría de los especialistas coinciden en atribuir a esta mejor disposición británica —que a lo largo del siglo XVIII fue consolidando su superioridad en términos de producto per-capita y nivel de vida más elevados con respecto al resto de Europa— su papel pionero en el proceso de industrialización, si bien otros autores matizan sus conclusiones. Pyllis Deane y Eric Jones, por ejemplo, han destacado la importancia de las transformaciones operadas en el sector primario —introducción de nuevas tecnologías, especialización de cultivos, aumento de la productividad—, lo que facilitaría el mantenimiento a la baja de los precios agrícolas, y, por tanto, una mayor posibilidad de adquisición de productos manufactureros (55). Asimismo, junto a D. S.

(52) Sobre lo adecuado de emplear un enfoque regional, vid. POLLARD, Sidney (ed.): *Region and Industrialization. Studies in the role of the Region in the Economic History of the last past centuries*, Göttingen, 1980.

(53) Sobre la industrialización europea, vid. KEMP, Tom: *La revolución industrial en Europa en el siglo XIX*, Madrid, 1974. POLLARD, Sidney: *Peaceful Conquest: the Industrialization of Europe, 1760-1970*, Oxford, 1981.

(54) HOBBSAWM, Eric: *En torno a los orígenes de la revolución industrial*, Madrid, 3.ª ed., 1981, p. 103.

(55) DEANE, Pyllis: *La primera revolución industrial*, Barcelona, 1968, pp. 11-16. JONES, Eric: *Agricultural and the Industrial...*

Landes, han hecho referencia a los desfases de productividad entre las diferentes etapas del proceso de elaboración textil como una de las causas que hicieron factible una escalonada innovación tecnológica (56).

Una versión distinta es la que ofrece D. C. North, y últimamente Hartwell, para quienes el Estado desempeñó una función esencial en el proceso de crecimiento económico.

Según el primero de los autores citados, la revolución industrial se inició con la expansión de los mercados, lo que provocó una presión creciente para sustituir las restricciones medievales y de la Corona por un cuerpo de derecho común. El creciente tamaño de los mercados contribuyó asimismo a promover ciertos cambios organizativos y una creciente especialización, lo que a su vez facilitó el incremento de los costes de transacción en la medición de «inputs» y «outputs». El incremento resultante de la supervisión y el control central de los «inputs» para mejorar la calidad rebajó radicalmente el coste de diseñar nuevas técnicas (57).

Hartwell también alude al Derecho y las instituciones jurídicas inglesas a la hora de explicar su liderazgo industrial a lo largo del siglo XIX. Como concluye, la diferencia británica no radicaría sólo en una estructura económica desarrollada, sino también en un Derecho distinto, más favorable, en su caso, a apoyar el crecimiento, al menos en una primera fase. En resumen, los cambios jurídicos facilitaron la transición al nuevo sistema económico, al menos de dos formas: «por la ampliación de la libertad individual, en especial hacia un mayor control individual de la propiedad; por el cambio de «las reglas de juego», las reglas que gobernaban la organización económica, el intercambio y otras actividades económicas, también aquí en dirección a una mayor libertad individual. Estos derechos y normas fueron cambiados por consenso, por decisión de los tribunales, por reglamentación y por codificación, siendo las dos últimas vías las que dominaron los cambios jurídicos del siglo XIX» (58).

En fin, Pierre Mathias resalta lo inadecuado de plantear el problema de las causas de la revolución industrial inglesa en términos de explicación monocasual, destacando la particular combinación de factores registrada en Gran Bretaña y no en otro lugar de Europa. Esta unicidad la convirtió en la primera economía mundial que logró sustraerse a las restricciones impuestas del lado de los costes por la tecnología, provocando además una caída sin precedentes de los costes y el precio de las explotaciones, lo que le proporcionó oportunidades únicas en el comercio internacional. La brecha entre las Islas y el continente —profundizada por las guerras revolucionarias que durante más de un cuarto de siglo impusieron graves restricciones en el nivel de los intercambios de las economías continentales— quedaba así abierta: la inicial ventaja inglesa se convirtió pronto en insalvable, incluso para aquellos países que, a priori, contaban con unas condiciones más favorables para alcanzar los niveles de crecimiento británico (59).

Esta reflexión enlaza directamente con la problemática que plantea la valoración de las posibles dimensiones de ese desarrollo industrial, objeto, en los últimos años, de una constante revisión.

(56) DEANE, Pyllis: *La revolución industrial...*, p. 170; LANDES, David S.: *Progreso tecnológico y revolución industrial*, Madrid, 1979, p. 76.

(57) NORTH, Douglas C.: *Estructura y cambio en historia económica*, Madrid, 1984.

(58) HARTWELL, R. M.: *Cambio jurídico, reforma jurídica y crecimiento económico en Inglaterra antes de la revolución industrial y durante ella*, en «Historia Económica. Nuevos enfoques...», p. 194.

(59) MATHIAS, Pierre: *La industrialización británica, ¿única o no?*, en «La industrialización europea...», p. 107-134.

Los nuevos cálculos de Feinstein sobre formación de capital (60), los de Lindert y Williamson, referidos a la tasa de ocupación laboral; la rectificación del índice de producción industrial de Hoffmann, llevada a cabo por Harley (61), y las nuevas estimaciones de crecimiento demográfico y agrícolas efectuadas por Wrigley-Schofield (62) y Crafts (63), respectivamente, han contribuido a proporcionar una visión más ajustada de los distintos componentes del «take off» británico. Asimismo, las conclusiones del clásico estudio de P. Deane y W. A. Cole (64) sobre el crecimiento industrial, también han sido matizadas en fechas recientes; para Harley, por ejemplo, éste fue mucho más lento entre 1770 y 1815 de lo que sugería la citada obra, debido a que no se produjo una aceleración «revolucionaria» de la producción industrial en el último tercio del XVIII, sino un aumento regular del ingreso per-capita y de la productividad a lo largo de todo el siglo (65). Por su parte, Crafts ha precisado nuevamente algunos extremos del trabajo de Deane y Cole (66).

El replanteamiento de los índices de crecimiento británico se ha hecho extensible, asimismo, a varios de los países europeos que siguieron su ejemplo. En especial el caso francés, objeto de no pocos estudios de tipo comparativo (67), ha sido revisado a la luz de nuevas fuentes y técnicas de análisis. Los trabajos de O'Brian y Keyder (68), Rohel (69), Cameron y Freedman (70) han hecho hincapié en la diferente transformación estructural que afectó a ambas economías, extremos puntualizados últimamente por N. F. R. Crafts (71).

Ahora bien, la compleja problemática suscitada por la desigual extensión del industrialismo a lo largo del siglo XIX no debe ocultar otras cuestiones más puntuales: en especial las que afectan a la «necesaria» desigualdad originada como consecuencia de la expansión del propio modelo británico. Esta relación desigual de intercambios, inherente al modelo de capitalismo comercial vigente en la Europa Moderna, se acentuó aún más cuando Inglaterra, distanciándose del resto de las economías avanzadas, capitalizó a partir de la fase de crecimiento económico conocida como «revolución industrial», la nueva orientación del sistema mundial, basado desde entonces en la producción masiva de géneros industriales destinados a mercados —interior y exterior— en expansión.

He aquí la componente «mundial» del problema de la irregular difusión del industrialismo: el proceso afectó a todas aquellas regiones económicas integradas hasta ese momento en los

(60) FEINSTEIN, C.: *Capital formation in Great Britain*, en «Cambridge Economic History of Europe», vol. VII, 1.ª parte, Cambridge, 1978, pp. 28-96.

(61) HARLEY, C.: *British Industrialization before 1841: evidence of slower growth during the Industrial Revolution*, JEH, XLII, 1982, pp. 267-289.

(62) WRIGLEY, E. A.; SCHOFIELD, R. S.: *The population History of England, 1541-1871*, Londres, 1981.

(63) CRAFTS, N. F. R.: *English Economic Growth in the Eighteenth Century: A re examination of Deane and Cole's Estimates*, EHR, XXIX, 1976, pp. 226-235.

(64) DEANE, P.; COLE, W. A.: *British Economic Growth, 1688-1959*, Cambridge, 1962.

(65) HARLEY, C., op. cit., p. 285.

(66) CRAFTS, N. F. R.: *British Economic Growth, 1700-1831: A Review of the Evidence*, EHR, XXXVI, 2, 1983, pp. 177-199.

(67) Entre otros, KINDLEBERGER, Charles P.: *Economic Growth in France and Britain, 1851-1950*, Cambridge, 1964. CAMERON, Rondo E., *Francia y el desarrollo económico de Europa, 1800-1914*, Madrid, 1971. CROUZET, François, *Angleterre et France au XVIIIème siècle: essai d'analyse comparée de deux croissances économiques*, en «Annales E. S. C.», marzo-abril, 1966, pp. 254-291. LEVY-LEBOYER, M.: *Les deux processus d'industrialization*, en «Revue Historique», 1968, pp. 281-298.

(68) BRIAN, P.; HEYDER, C.: *Economic Growth in Britain and France, 1780-1914*, Londres, 1978.

(69) ROEHL, Richard: *French Industrialization: A Reconsideration*, en «Explorations in Economic History», 13, 1976, pp. 233-281.

(70) CAMERON, R.; FREEDMAN, C.: *French Economic Growth: A Radical Revision*, Chicago, 1982.

(71) CRAFTS, N. F. R.: *Economic Growth in France and Britain, 1830-1910: A Review of the Evidence*, JEH, XLIV, 1, marzo 1984, pp. 49-67.

circuitos del comercio internacional, y lo hizo deteriorando todavía más los términos de ese intercambio. Pero además de estos cambios en las relaciones con la economía dominante, el nuevo sistema contribuyó también a acentuar los propios desequilibrios interregionales en el marco de la periferia, determinando distintas respuestas —según el desarrollo capitalista previo de cada zona— y una creciente subdependencia (o dependencia de la dependencia) en el interior de la misma.

Por supuesto que estas transformaciones no se materializaron en términos simplistas o lineales; al contrario, las citadas disponibilidades de cada región, en combinación con la propia situación nacional, posibilitaron una amplia gama de réplicas a la iniciativa inglesa. Aquellas economías consideradas hasta ese momento como avanzadas —en Europa las regiones noroccidentales—, lograron adecuar mejor su esquema productivo a las nuevas reglas del juego impuestas por Gran Bretaña; mientras que otras zonas, situadas al margen de anteriores reordenaciones en la producción y la organización laboral —la Europa Mediterránea y Oriental, por ejemplo—, se encontraron indefensas, reaccionando, sólo en parte y tardíamente, a la nueva aceleración industrial británica.

En este sentido, recientes investigaciones han matizado la causalidad existente en la desigual relación entre un centro emergente y unos países crecientemente periféricos. De tal forma, las explicaciones monocausales basadas en términos de «dominio», según las cuales la dependencia era responsabilidad exclusiva de los lazos creados con la economía central, han dado paso a interpretaciones en las que, sin negar el anterior presupuesto, se incide más en la propia disposición interna de cada economía a la hora de afrontar esas relaciones: tanto la periferia europea —término empleado por Berend y Ranki para calificar las economías mediterráneas y centro-orientales del continente—, como la mundial, se fueron conformando debido también a la estructura socioeconómica interna de cada una de estas formaciones sociales, no adecuada al ritmo de desarrollo capitalista exigido para emprender un proceso sostenido de industrialización (72).

Desde este punto de vista, el caso concreto de la industrialización europea adquiere una caracterización más amplia: potencialmente, sólo aquellas economías regionales que cumplieran una serie de requisitos previos podrían llegar a alcanzarla. El éxito de la empresa dependería, en última instancia, de sus propias condiciones objetivas, así como, a nivel interregional, de la actitud del Estado, dimensiones y grado de articulación del mercado interior, competitividad en mercados extranjeros, etc. Por el contrario, aquellas que no reuniesen unas mínimas condiciones, estarían abocadas, incluso en el caso de intentar algún tipo de experiencia industrial, a la desindustrialización y la dependencia.

De aquí pueden deducirse, en parte, las causas de la reproducción del intercambio desigual en el seno de una misma nación, fenómeno materializado a lo largo del siglo XIX, y de especial gravedad en países calificados como periféricos. En efecto, a medida que fue articulándose el mercado nacional, se produjo un progresivo dominio de aquellas zonas que habían alcanzado un índice de desarrollo capitalista más elevado, sobre las menos desarrolladas, las cuales, consecuen-

temente, pasaron a depender no sólo de la economía central, sino también, y en términos más agresivos y directos, de la región o regiones más avanzadas de su propio país.

Partiendo de estos presupuestos, E. Sereni (73) y Zamagni (74) han tratado de resumir el proceso de formación de un mercado interior acorde con las necesidades del capital industrial. Aunque sus conclusiones se refieren al caso italiano, resultan plenamente aplicables al resto de las economías mediterráneas —Portugal y España—, y, con ligeras modificaciones, también al Centro y Oeste de Europa.

A mediados del siglo XIX, la industria textil italiana era todavía esencialmente doméstica: el trabajo a domicilio satisfacía parte de las necesidades de productos manufacturados, si bien era la industria extranjera, con precios más competitivos y artículos adecuados al gusto y las necesidades de masas, la que cubría un porcentaje cada vez más elevado de la demanda interior. Para Sereni, fue esta presencia del textil exterior la que arruinó definitivamente la industria domiciliaria transalpina, pero también la que facilitó los estímulos necesarios para desarrollar un proceso de industrialización autóctono. Este nuevo sector fabril tuvo que competir con las industrias francesa e inglesa, no ya en el mercado internacional —al que se veía incapaz de acudir debido a sus costos de producción más elevados—, sino también en el interior, inundado de productos extranjeros. Sin embargo, otra vez fue el sector internacional el que, con sus bajos precios, le ayudó, profundizándole en esta ocasión las dimensiones del propio mercado italiano.

Las constantes interacciones entre las economías nacional e internacional deben contemplarse, asimismo, desde unas coordenadas regionales, puesto que no todas las zonas se encontraban en las mismas condiciones a la hora de responder a la oferta exterior: en el sur de Italia, por ejemplo, la presencia de rasgos feudales en la agricultura, junto a los límites restringidos de la acumulación capitalista, no ofrecían muchas posibilidades para la creación de una industria fabril «indígena», que si estaba en condiciones de surgir en Lombardía o el Piamonte, regiones con un sector primario suficientemente capaz de satisfacer las necesidades de la incipiente industria. Para entonces, el proceso se adivinaba como prácticamente irreversible: el desarrollo capitalista, propiciando la unificación del mercado interior, convirtió las diferencias regionales en insalvables contrastes que transformaron el Mediodía en territorio dependiente de las comarcas del Norte. Por su parte, éstas, también inmersas en unas relaciones de dependencia, consiguieron superar la competencia extranjera, y una vez que el Estado adoptó una política económica adecuada a sus intereses —en esencia, un régimen proteccionista— encontró en el Sur un mercado a explotar prácticamente en régimen de monopolio. De esta forma, acabó definitivamente con los últimos restos de la industria dispersa, incapaz también de hacer frente a los precios de las manufacturas piamontesas o lombardas.

En cuanto al área periférica no europea, el planteamiento anteriormente expuesto sigue teniendo validez en líneas generales: también aquí se han matizado recientemente las teorías que atribuían a la competencia de los géneros extranjeros —como causantes de la destrucción de la manufactura preindustrial— la exclusiva responsabilidad de su no industrialización.

(72) BEREND, I.; RANKI, I. G.: *The European periphery and industrialization, 1780-1914*, Cambridge, 1982. Un resumen de sus puntos de vista en su artículo *Un'industrializzazione senza rivoluzione industriale. La periferia europea nel XIX secolo*, en «La rivoluzione industriale tra il Setecento et l'Ottocento», Milán, 1984. Vid. también las comunicaciones presentadas al II Coloquio de Historia Económica» celebrado en Atenas en 1983, sobre el tema «Economías mediterráneas: equilibrios e intercomunicaciones. Siglos XIII-XIX».

(73) SERENI, Emilio: *Capitalismo y mercado nacional*, Barcelona, 1980.

(74) ZAMAGNI, Vitorio, *Industrializzazione e squilibrio regionali in Italia*, Bolonia, 1980.

Así, aun cuando se sigue admitiendo que la actividad manufacturera de estas regiones sufrió, durante el proceso de integración, una crisis relativa —descenso del número de empleados y de la producción—, no lo es menos que ésta no afectó por igual a todos los sectores o a las zonas productivas: por ejemplo, se agudizó más en el caso de la India, el Imperio Otomano e Irán, y tuvo menores consecuencias para algunos productos chinos, norteafricanos o del Lejano Oriente (75).

Pero además, el problema debe ser enfocado también en términos de desarrollo capitalista interior: para Keyder, por ejemplo, la periferia no se industrializó fundamentalmente porque su industria dispersa nunca llegó a adquirir una dimensión protoindustrial: la manufactura rural no realizó una interacción de carácter dinámico con la agricultura de exportación, ni empleó campesinos a tiempo parcial como medio de facilitarles un ingreso suplementario; tampoco fue coordinada ni organizada desde la ciudad. Consecuentemente, nunca llegó a integrarse en una división del trabajo determinada por el mercado (76).

Las causas de esta ausencia de protoindustrialización, radican, para el historiador turco, en la peculiar estructura social de estas zonas, más cercanas al modelo de formación social de tipo asiático que al feudalista europeo. Sus rasgos distintivos —ordenamiento económico subordinado al poder político, producción mayoritaria para el autoconsumo, particular concentración del excedente agrario, etc.—, impedían el desarrollo de la protoindustria y, consecuentemente, de cualquier proceso industrializador.

De tal forma, la industria de la periferia no europea no significaba un síntoma de acumulación primitiva dirigida, ni representaba una fase intermedia de la evolución del proceso de trabajo hacia el capitalismo (77). Sin embargo, la crisis que la afectó no fue sólo el resultado de su propia debilidad: jugaron también otros factores entre los que la competencia exterior y el papel desempeñado por la propia burguesía comercial no deben minimizarse.

A MODO DE CONCLUSION

Al hilo de los argumentos anteriores, resulta factible retomar la cuestión planteada al comienzo del apartado. Como se recordará, se pretendían establecer unos criterios más amplios a la hora de definir las actividades industriales desarrolladas a lo largo del siglo XIX. El contenido del término propuesto («industria durante la industrialización»), ha sido ya parcialmente analizado: de manera concisa, las referencias al sector industrial más avanzado —el «industrializado» propiamente dicho—, intentaban mostrar como, al margen de sus rasgos estructurales, se trataba de un fenómeno materialmente posible tanto en las economías centrales como en las periféricas, si bien en estas últimas, debido a su propio papel en las relaciones de intercambio, su localización fue mucho más restringida.

75) BAGCHI, A. K.: *De-industrialization in India in the Nineteenth Century: Some theoretical implications*, en «Journal of Development Studies», enero 1976. INALCIK, H.: *Capital formation in the Ottomann Empire*, JEH, marzo 1969. FLOUR, W. M.: *Tradizional handicrafts and Modern Industry in Iran, 1800-1914*, en «Conferencia Internacional de Historia Económica del Medio Oriente», Haifa, 1980. HOU, C. M.: *Economic Dualism: The Case of China, 1840-1937*, JEH, septiembre 1963. PERLIN, Frank: *Protoindustrialization and pre-colonial South Asia*, en «Past and Present», 93, febrero 1983, pp. 30-95. BRUKE, E.: *Protoindustrialization and Precolonialism in the Magrib, 18th-19th centuries*, cit. por KEYDER, Caglar, *Protoindustrializzazione e area periferiche*, en «Quaderni Storici», 52, abril 1982, pp. 105-118.

(76) KEYDER, Caglar, art. cit., p. 113.

(77) Ibidem, p. 117.

En cuanto a la industria atrasada o «residual», asimismo común a países «dominantes» y «dependientes», el término englobaría un cajón de sastre en el que caben todos aquellos sectores que no alcanzan la industrialización, o, que si lo hacen, acaban a corto o medio plazo, desindustrializándose. En una primera aproximación, y a modo de resumen, pueden conceptuarse por tanto como residuales en el siglo XIX:

1) Industrias de autoconsumo y/o mercado restringido, rurales o urbanas, de carácter disperso.

2) Industrias domiciliarias con producción orientada fundamentalmente hacia el mercado.

3) Sectores textiles tradicionales —lino, seda, lana— aun con estructuras productivas propias de otros más avanzados —algodón—.

4) Industrias fabriles inadecuadas en su composición interna —capital, grado de concentración, producción, etc.— a las condiciones de mercado.

Por lo que se refiere a las causas que explican el no acceso a la industrialización de estas zonas (o su desindustrialización), su búsqueda debe orientarse en torno a los siguientes presupuestos:

a) La competencia de los géneros extranjeros, presentes en anteriores etapas, que siguen introduciendo unos productos de mayor calidad a un precio más bajo o, al menos, más competitivo.

b) La articulación del mercado nacional: mientras que el sistema de comunicaciones continuó siendo defectuoso, ambos sectores podían mantener cierto margen de rentabilidad; sin embargo, con el desarrollo del ferrocarril y el consiguiente abaratamiento de los costos de transporte, los tejidos exteriores —no sólo extranjeros, también los nacionales de otras regiones—, inundaron los mercados locales.

c) Ausencia de una integración efectiva con el resto de los sectores productivos, en especial con una agricultura de carácter intensivo, de exportación.

d) Falta de incentivos para la inversión.

e) Débil mecanización y tardía o nula utilización de fuentes de energía mecánica.

f) Producción de artículos de consumo popular, destinados a una clientela rural, y por tanto ligada a las fluctuaciones coyunturales.

La diversa tipología obliga a una cierta precisión en el análisis: en principio, los grupos a) y b) son comunes a regiones que a lo largo del siglo XIX no logran superar los límites del desarrollo y la dependencia (aunque no son ajenos a países considerados como industrializados). En cualquier caso se trata de industrias estancadas, en las que la componente artesanal domina las esferas de la producción y el trabajo, con una composición del capital análoga a la observada en períodos anteriores. Ocasionalmente, pueden llegar a presentar rasgos similares a los requeridos por la teoría protoindustrial como necesarios para afrontar con éxito un proceso industrializador. Sin

embargo, la protoindustrialización tardía está igualmente condenada al fracaso: si una región no ha iniciado previamente la transformación de su estructura productiva, «durante la industrialización» es muy difícil que pueda conseguir las condiciones favorables para hacerlo.

En resumen, tanto el sector «industrializado» como las industrias residuales, se presentan casi siempre como el resultado de una actividad manufacturera anterior, con posibilidades de evolucionar, de acuerdo a una serie de complejos factores y estímulos, positivos o negativos, en una u otra dirección.

Una industria «antes de», que tendrá mayores posibilidades de culminar en revolución industrial (en industrialización), si su estructura productiva manifiesta un carácter protoindustrial, y si se encuentra situada en una región de un país «central», pero que no tiene porque atenerse exclusivamente a estas condiciones —al tratarse de un proceso localizado, nunca nacional ni internacional—, para conseguir acceder a la plena industrialización.

De ahí, que se haya planteado el tema en unos términos tan amplios como los de industria «antes y durante» la industrialización: al hacerlo exactamente en esas dimensiones se ha pretendido asumir la existencia de una relación implícita entre ambas fases, e incluso entre sectores considerados hasta fechas recientes como obsoletos y al margen de todo interés «industrial».